

Premio

Género: REPORTAJE

Autor: Eloy Manuel Viera Moreno



INSTRUCTORES DE ARTE, HUÉRFANOS Y CARIDAD CRISTIANA

Entrando a Cienfuegos, a la vera de la carretera por donde se accede a su centro urbano desde el barrio periférico de Caonao, se levanta la hermosa y amplia Escuela de Instructores de Arte. Sobre la tapia una bella inscripción nos pone al tanto, pero sin especificar el nombre de la institución. A través del enrejado de la puerta puede verse, al centro del estupendo anfiteatro recientemente construido, una figura sobria de mujer sentada, esculpida en mármol, como representando un crítico espectador que no ha querido abandonar el recinto al terminar la función, mudo testigo de lo acontecido allí. Encima de su blusa, a la altura del pecho, donde pudo haber ostentado una cruz, sólo una pequeña estrella blanca resulta casi invisible dado el contraste que el sol produce al reflejarse en la blanca piedra; la cruz no pudo ser mostrada por el escultor, la llevaba dentro, junto al corazón. Pocos alumnos de aquel plantel saben de quien se trata, menos aun que en 1961, después de la nacionalización de la enseñanza, manos piadosas rescataron la escultura de la fábrica de baldosas de la ciudad, a donde la habían llevado con intenciones de convertirla en polvo. Ello permitió que otras beneméritas manos, fieles a las genuinas tradiciones locales, la remozaran y colocaran en el lugar donde siempre había estado desde la década de los años veinte, donde siempre debe estar, en la sede del antiguo asilo de niñas huérfanas que llevó su nombre: Anita Fernández Velasco (1848–1922), institución que constituye una de las más hermosas huellas dejadas por la caridad cristiana en Cienfuegos.

DANDO MARCHA ATRÁS AL TIEMPO

Aquel asilo fue sólo el colofón de una labor asistencial comenzada en el siglo XIX, finalizada la Guerra de los Diez Años, cuando el presbítero Clemente Pereira y Casines, recién destinado a la Vicaría de Cienfuegos fundó las Conferencias de San Vicente de Paúl para señoras y caballeros, en la entonces Iglesia parroquial. Alrededor de las Conferencias se aglutinaron laicos y religiosos en una labor caritativa sin precedentes en la historia cienfueguera, pasando por alto las ideas defendidas por cada uno de ellos acerca del futuro de la Isla. Allí se reunieron furibundos y acaudalados

“integristas” junto a personas de marcada tendencia “infidente” (independentista), todos convocados y movidos por la caridad cristiana. Entre las muchas obras que realizaron en el período hasta el final de la etapa colonial destaca el intento de construir un asilo para niñas huérfanas cuya atención debió correr a cargo de las Hermanas de la Caridad, aprobándose incluso el reglamento por la máxima autoridad de la provincia civil de Santa Clara, del cual se colocó la primera piedra en 1886, y cuya edificación se prolongó por más de una década sin lograr su terminación. Prácticamente no se ha divulgado que aquel sueño, de dimensiones desproporcionadas para ser una obra de caridad pública (50 x 30 metros), es el antecedente del asilo cuya sede ocupa actualmente la Escuela de Instructores de Arte.

A su vez la joven Anita Fernández, residente en Cienfuegos casi desde el comienzo mismo de la guerra cuando la familia debió abandonar su natal Santa Clara víctima de las amenazas y vigilancia por su actividad independentista, se incorporó a las Conferencias tan pronto se fundaron aquí. En ellas fue miembro piadoso y activo hasta su muerte, aportando sobre todo su labor personal y escasos recursos. Pero lo que distingue de manera especial su participación es haber transmitido a las alumnas de su Colegio Santa Teresa de Jesús, establecido por ella en esta ciudad unos años antes que las Conferencias, el espíritu y la práctica de San Vicente de Paúl, fundador de las Hermanas de la Caridad. Allí se formaron mujeres, muchas de ellas miembros de familias con una situación económica desahogada, junto a otro no despreciable número de educandas que Anita sostenía de su propio peculio, proporcionándoles todo lo necesario para la educación. Los destinos de estas mujeres tomaron con el tiempo cursos diferentes, pero en sus vidas el discernimiento y la práctica de la caridad fue un denominador común. Ellas, entonces jóvenes, no sólo sostuvieron después la obra iniciada por su maestra, también supieron transmitir esos sentimientos a sus descendientes, quienes prolongaron esta labor durante decenios hasta la nacionalización de la enseñanza en 1961, en un ejemplo de continuidad



difícilmente comparable con algún otro empeño caritativo en Cienfuegos.

Las pupilas realizaban periódicamente las denominadas “excursiones de caridad” con su maestra, consistentes en visitas a las casas de los menesterosos integrantes de un “listado cienfueguero” actualizado por Anita hasta la misma mañana del día en que murió. Conviene resaltar el carácter extraordinario de este tipo de actividades en un plantel educacional privado para niñas, de acuerdo a los rígidos cánones morales decimonónicos, más aun cuando algunas de ellas provenían de familias muy pudientes. Según el testimonio de una de sus antiguas alumnas, Doña Rafaela Avello, devenida en el siglo xx insigne pedagoga, su padre, próspero comerciante español que deseaba la permanencia del estatus colonial de la Isla, enviaba sus hijas al Colegio Santa Teresa porque “a pesar de ciertas ideas un tanto raras de la Srta. Anita, su colegio era el mejor de Cienfuegos para formar futuras mujeres de bien”¹.


Al comienzo de la última gesta independentista Anita se incorpora nuevamente a los quehaceres conspirativos sin abandonar su labor en el Colegio Santa Teresa de Jesús. Considerable ayuda material y logística promovió a través de los clubes “Revolucionario Cubano de Cienfuegos” y “Esperanza del Valle”, en los que trabajó activamente junto a otras patriotas locales llevando el seudónimo de “Estrella”, reflejado en la pequeña miniatura de plata que llevaba siempre sobre su blusa a la altura del pecho, donde pudo haber ostentado una cruz... Así, cuando es sorprendida por la macabra reconcentración ordenada por el Capitán General Valeriano Weyler, se convierte en diaria visitante del destruido almacén “La Sierra” en uno de los muelles del puerto, donde habían hacinado a más de un centenar de personas. Hacía allí dirigió sus “excursiones” con las alumnas mayores mientras duró el desastre, allegando comestibles, ropa y calzado. Despojó de sus respectivos colchones las dieciocho camas de su casa, donde sostenía miembros de familias que se encontraban en la manigua redentora, para convertir parte del áspero suelo del muelle en cama para los niños. Por último, con el concurso de sus alumnas y la ayuda

de personas piadosas, sostuvo una cocina gratuita en los portales del Colegio Santa Teresa a un costado del Teatro *Terry*.

Finalizada la guerra no hubo descanso para la obra caritativa de Anita. En medio de la indiferencia religiosa y la corrupción, Anita, junto a otros beneméritos cienfuegueros, retoman el sueño dormido y fundan en 1899 el “Asilo Huérfanos de la Patria” para los niños sin amparo filial producto de la guerra, actores de un triste espectáculo, al inundar a diario las calles de la ciudad en busca de limosnas o comida convirtiéndose en presa fácil de predadores y buscavidas. Nuevamente alrededor de este empeño se reunieron personas de las más diversas maneras de pensar: acaudalados filántropos, reconocidos anticlericales, patriotas agnósticos y católicos de los que hoy llamaríamos “prácticos”; todos alrededor de la caridad. Llegaron a sostener doscientos asilados, a los que brindaban también una esmerada educación. El asilo cerró sus puertas cuando en 1901 las autoridades norteamericanas decidieron convertir la edificación que ocupaban en escuela, repartiendo los niños



Anita Fernández a los 30 años de edad.



Durante las dos décadas que transcurrieron hasta su muerte, junto a su labor por el fomento de las mejores tradiciones patrióticas y cívicas entre los cienfuegueros, las obras de caridad de Anita se sucedieron como continuo manantial, ganándole entre los locales el título de Benefactora. Su muerte, ocurrida el 22 de enero de 1922, dio lugar a una de las expresiones populares de duelo más generalizadas en la historia de la ciudad. El mismo día de su entierro un grupo de antiguas alumnas, con la anuencia y apoyo del Alcalde Dr. Suero, fundó la Asociación benéfica “Anita Fernández” cuyo trabajo propiciaría, cuatro años más tarde, hacer realidad el sueño de la benefactora: la inauguración del asilo para niñas huérfanas que llevaría su nombre, atendido durante 36 años por las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl.

CIENFUEGOS Y LAS HERMANAS DE LA CARIDAD

Insuficientes resultan mi capacidad personal y el espacio de estas líneas para rendir el merecido tributo a la callada labor de estas Hermanas en Cienfuegos. Su presencia aquí se remonta a 1896, cuando se hicieron cargo del Hospital Militar de esta ciudad en medio de la contienda bélica, llegando a alcanzar la cifra de 500 enfermos. Ellas habían sido traídas la mayoría especialmente de España por el Gobierno colonial para atender sus hospitales de sangre durante la guerra. Dicho así parecería que su misión era castrense y nada tenía en común con la caridad ejercida entre los más desposeídos. Sin embargo, aunque a los hospitales Militar y de Caridad en Cienfuegos los separaban entonces varios centenares de metros, así como una atención bien diferente por parte de los representantes del poder colonial a uno y al otro, la dulce locura de la piedad cristiana terminó haciendo laborar a las Hermanas en ambos sanatorios. A pesar de las enormes dificultades y carencias achacadas en aquel momento por las autoridades al bloqueo norteamericano, matizado en nuestra localidad además con bombardeos desde el mar, las Hermanas no abandonaron nunca a sus enfermos, lo que es el reflejo de una actitud mantenida por ellas en toda época y lugar desde su llegada a nuestro país en 1847 hasta la actualidad. De aquella fecha quedan en el Cementerio Municipal los restos de un pequeño panteón construido

por la piedad pública para el eterno descanso de las Hermanas, en el que la primera semilla sembrada en tierra cienfueguera fue Sor Ángela Martínez Ramiro a sus tempranos cuarenta y dos años, víctima de los mismos males que trataba de aliviar en el Hospital de Caridad durante la reconcentración de Weyller. A ella se agregaron otras después, hasta colmar un listado que los cienfuegueros, escasamente agradecidos, no hemos sabido completar para el conocimiento de las futuras generaciones.

Finalizada la guerra se retiraron a instancias de las mismas autoridades que las habían traído, a su país de origen. Durante poco menos de tres décadas no hubo presencia de las Hermanas en la ciudad, hasta que el domingo 28 de febrero de 1926 se inauguró el Asilo Anita Fernández, todavía en una sede provisional en “Villa Teresa”, casa de veraneo que conserva su embrujo frente al mar, en la esquina de la avenida 35 y la calle 18 en el barrio de Punta Gorda, entonces propiedad de la familia de Doña Teresa Rabasa, antigua alumna de Anita, quien lo cedió temporalmente para comenzar las labores del Asilo.

Al año siguiente, el domingo 22 de mayo, se trasladaron a la nueva y definitiva sede, en lo que había sido la quinta de Recreo de la familia Avilés y después Quinta de Salud de la Asociación Canaria, inaugurándose ese día también el monumento a Anita que hoy preside el anfiteatro de la Escuela de Instructores de Arte, regalo de la pianista cienfueguera Doña Rosita López Comunión, quien donó la recaudación de varios de sus conciertos y encargó la obra. Allí funcionó el Asilo hasta 1961, año de la nacionalización de la enseñanza en Cuba, cuando, ante las dificultades generadas por las conflictivas relaciones entre el Gobierno Revolucionario y la Iglesia Católica y por decisión de su Superiora, las Hermanas se retiran de Cienfuegos. Una aclaración conveniente: a finales de los años treinta las religiosas decidieron ampliar la matrícula de la escuela donde educaban a las asiladas para dar cabida a los niños de las humildes familias del barrio de Tulipán, convirtiéndose esa parte en la Escuela Pública No. 17 atendida por ellas; no hubo, pues, nada que nacionalizar ese año.



LOS CIENFUEGUEROS Y LA PIEDAD POPULAR

Suponer que estas y otras obras de caridad que se sostuvieron en Cienfuegos eran el fruto exclusivo de personas pudientes que lo hacían por “vanidad social” (al decir de una conocida periodista local)², es una de esas ideas lanzadas al vuelo para adquirir méritos ante cuadros de la más intransigente y falsa ortodoxia ideológica, ideas que se dejan flotar para confusión de mayorías desconocedoras. Se olvida en primer lugar la dulce y demencial entrega de las religiosas a estas obras, la mayoría de las veces en condiciones materiales muy adversas y en todos los casos sin la garantía de un futuro siquiera promisorio, confiando en la Providencia. Semejante locura se justifica sólo desde la fe que practicaban sin reservas. Baste para ilustrar la figura de Sor Flora Ugarriza, quien dedicó más de tres décadas de su vida a trabajar (y después a sostener) en el Asilo. Su figura era conocida en la ciudad por sus frecuentes recorridos de puerta en puerta, armada de una transparente jaba de hule pintada de colorines, donde pedía a los cienfuegueros piadosos echaran su contribución para el Asilo. Nunca llevó cuentas de cuánto echaba cada cual, ni siquiera nunca tocó ni contó lo recaudado: aquello era asunto de la tesorera... Años después de su traslado a La Habana, desde donde continuó su labor de apoyo, detalles de su vida seguían siendo noticia en la prensa local, expresión del cariño de los cienfuegueros agradecidos.

Se olvida también la participación popular en el sostenimiento de estos empeños, espectro que rebasaba con creces el estrecho margen de la comunidad cristiana, para convertirse en una razón apoyada por todos los cienfuegueros de buena fe. Diversas eran las fuentes: desde subsidios de autoridades oficiales, pasando por contribuciones a título personal, hasta cuestaciones populares y donaciones de asociaciones. Entre las acciones de recaudación más coloridas y de realización particularmente comunitaria se encontraban las funciones culturales benéficas. Para ellas las administraciones de los teatros o lugares de recreo de la ciudad prestaban sus instalaciones al costo mínimo y, a veces, gratis. Multitud de jóvenes talentos

participaron desinteresadamente en las presentaciones, a las que contribuyeron también artistas profesionales reconocidos. Entre los que ayudaron al sostén del Asilo desde el siglo XIX hasta finales de los años cincuenta de la siguiente centuria pueden mencionarse: el destacado formador de músicos cienfuegueros Vicente Sánchez, la pianista Rosita López Comunión, la pintora y profesora de Artes Plásticas Blanquita González Simo, el caricaturista cienfueguero Rafael Pérez Dauval, los artistas de la “Embajada Artística” de la cadena de radio “RHC Cadena Azul”, el trío de Servando Díaz, el “Acuarelista de la Poesía Antillana” Luis Carbonell y hasta el comediante Arquímedes Pous.

DE REGRESO AL PRESENTE

Los cubanos de hoy difícilmente comprendan la magnitud de esta labor. Acostumbrados a que toda obra social debe ser financiada por el Estado, muchas veces la atención de las necesidades de grupos muy vulnerables como los huérfanos resulta algo impersonal, de lo que se ocupará el Gobierno y que poco o nada tiene que ver con nuestras personas, encerradas en una especie de parálisis de la práctica individual de la caridad.

Con la nacionalización de la enseñanza en nuestro país la edificación del Asilo se convirtió en escuela para niños con problemas sociales que requerían de una atención especial, incluso aquellos sin amparo filial, cambiando su nombre por el de “Octavio García”, joven cienfueguero con un historial de trabajo en la Liga Comunista de Cienfuegos y el Partido Socialista Popular, quien fue muerto durante los combates de Playa Girón a los 32 años de edad.

Al comenzar el actual milenio el centro fue objeto de una sustancial remodelación y ampliación para dar cabida a la hermosa Escuela de Instructores de Arte. Por esas extrañas coincidencias de la Providencia, a veces porfiada, la nueva escuela fue inaugurada por el Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de Cuba Dr. Fidel Castro, en una visita que efectuara el jueves 27 de septiembre de 2001, fecha en que el Calendario Litúrgico de la Iglesia católica celebra la fiesta de San Vicente de Paúl, fundador de las Hermanas de la Caridad.



Un grupo de cienfuegueros (pequeño por el mayoritario desconocimiento del tema, no por la mayoritaria convicción fundada en un juicio sobre algo que se conoce), albergamos la esperanza de que alguna vez, a la bella inscripción sobre la tapia, se agregue el nombre de Anita “Estrella” Fernández, y sus alumnos conviertan la fría y muda figura de piedra en presencia viva y ejemplo. Entonces y de manera inseparable, habrá que hablar de aquellas monjitas de negra y calurosa toca y de toda su entrega. En tal caso, quizás, se complete para la Historia el listado de sus semillas que quedaron sembradas en nuestra ciudad y los

cienfuegueros lo perpetúen en agradecido inventario de bronce sobre la misma tapia. Siendo así, habremos realizado una modesta contribución al rescate de nuestras genuinas tradiciones y cumplido con la máxima martiana de “honrar, honra”. Ω

NOTAS:

1 Testimonio brindado al autor por Doña Luisa Rodríguez Avello, sobrina de la pedagoga Rafaela Avello.

2 Periódico *5 de Septiembre*, edición del 24 de octubre del 2003, artículo *Hogar de ancianos. Una cara fea que esconde un enorme corazón* de la periodista Magalys Chaviano Álvarez.